

mente cambiado; con la cabeza baja, sumiso, respetuoso, se siente culpable y no se ocupa más que de expiar á fuerza de consideraciones su impertinencia. Esto parecía difícil, no dignándose la reina dirigirle la palabra.

Barnabe no podía obrar más que indirectamente. Colocado enfrente de la reina, estaba también enfrente de la cara severa de su colega Petion, que en verdad conocía muy poco el mundo y las pasiones para ver nada de esto. Petion, esencialmente tardo y torpe (1), había dirigido no sé qué frase poco conveniente á Madame Isabel, quien á pesar de lo simple que parecía, le había contestado muy bien. Luego, para enmendar la cosa, había tocado justamente el punto en que la joven princesa era más vulnerable, la fe, la religión, repitiendo no sé qué banalidad filosófica contra el cristianismo. Conmovidá la pobre princesa, contra su costumbre, se puso á hablar seguido para defender su tesoro, y estuvo casi elocuente.

Barnabe escuchaba y no decía una palabra. El rey, con su bondad acostumbrada, se dignó, sin motivo, dirigirle la palabra; le habló de la Asamblea, asunto agradable al joven orador; era llevarle al campo de sus triunfos. Luego se habló de política en general y Barnabe defendió sus ideas con sumo tacto y respeto.

Petion ofrecía un contraste de cínica familiaridad que favorecía mucho á Barnabe. Habiendo dicho el rey que él solo había trabajado por el bien, «puesto que después de todo la Francia no podía ser republicana»:—«Todavía no, es verdad, dijo secamente Petion; los franceses no han madurado todavía bastante...»—se siguió un largo silencio.

No fué esto solo. El delfín, que iba y venía, se había colocado entre las piernas de Petion. Este acariciaba paternalmente su rubia y rizada cabellera, y á veces, si la discusión se animaba, le daba un estirón. La reina se sintió muy molestada por ello, y cogió con viveza al niño, que, guiado por su instinto infantil, fué justamente adonde debía ser bien recibido, sobre las rodillas de Barnabe. Allí, cómodamente sentado, delectó á su gusto las letras grabadas sobre los botones del traje del diputado y consiguió leer la hermosa divisa: «Vivir libre, ó morir».

Aquel pequeño cuadro íntimo, ¿quién lo hubiera creído? rodaba apacible, á través de una multitud excitada, entre los gritos y las amenazas. A fuerza de oirlas tanto, ya no las entendían. El peligro era el mismo y apenas se pensaba en él. Había llegado el aturdimiento y la insensibilidad ante el movido cuadro del exterior, incesantemente renovado. Cosa extraña y que demuestra los recursos eternamente vitales de la naturaleza; aquel pequeño mundo frágil de gentes que, juntas iban

(1) Lo que añade al carácter de Petion un ridículo imborrable, es que cree en la «Memoria» inédita que escribió (sobre el viaje de Varennes), que Madame Isabel, sentada á su lado el segundo día y apoyándose involuntariamente sobre él por el exceso de cansancio, estaba enamorada de él: en fin, para emplear el lenguaje sensual de la época: «que cedía á la naturaleza».

todas á la muerte, se arreglaba durante el camino, para vivir aun en medio de la tempestad.

Pero de pronto se produce un choque... Una nueva oleada de furiosos quiere matar á los guardias de corps. Barnabe asoma la cabeza por la ventanilla y los mira; como si la Asamblea nacional hubiese estado allí, retrocedieron todos.

Algo más adelante, surgió otro incidente más grave, que pudo ser fatal. Un pobre sacerdote, con el corazón lacerado por la desgracia del rey, se aproxima, llenos los ojos de lágrimas, alzando los brazos al cielo... La muchedumbre furiosa se apodera de él, lo arrastran, va á perecer... Barnabe se precipita, y asomando medio cuerpo á la ventanilla: «Tigres—les grita,—vosotros no sois franceses!... Francia, el pueblo de los valientes, ¿es también el de los asesinos?» Estas palabras salvaron al sacerdote, pero Barnabe hubiera caído del coche si Madame Isabel, á pesar de las conveniencias que la imponían la etiqueta y la reserva, no lo hubiera olvidado todo en aquel momento y le hubiera asido de la casaca.

La reina quedó tan sorprendida como emocionada y reconocida hacia el joven. Desde aquel momento le habló.

La noche del tercer día (1) se hospedó la familia real en Meaux, en el palacio episcopal, palacio de Bossuet. Digna casa de albergar semejante infortunio, digna por su melancolía. Ni Versalles ni Trianon son tan noblemente tristes ni recuerdan tanto la grandeza de los pasados tiempos. Y lo que choca aún más, es que la grandeza es allí sencilla. Una escalera ancha y sombría de ladrillo, escalera sin peldaños, en suave pendiente, conduce á las habitaciones. El jardín monótono que se domina desde la torre de la iglesia, está limitado por las viejas murallas de la ciudad, hoy cubiertas de yedra; en la terraza una avenida de acebos da acceso al gabinete del grande hombre, avenida siniestra, fúnebre, donde sin duda tuvo el presentimiento del fin de aquel mundo monárquico de que él había sido el primer orador.

Y aquella monarquía muerta iba á pedir al hogar de Bossuet hospitalidad por una noche.

La reina encontró aquel sitio tan en armonía con el estado de su ánimo, que sin tener en cuenta la situación, sin preocuparse de saber si viviría al día siguiente, se cogió del brazo de Barnabe y quiso ver el palacio. Está lleno de recuerdos; varios retratos son preciosos. Vió, en la misma habitación en que dormía el grande hombre, el retrato de una princesa, imagen, si no me engaño, de aquella que al morir legó su anillo á Bossuet.

Barnabe, en aquel lugar tan solemne, aprovechando la ocasión y

(1) La familia real pasó la primera noche en Chalons, la segunda en Dormans. Aquí, con pretexto de que aun podían ser perseguidos, declararon los comisionados que no aceptaban más escolta que de caballería, y la guardia nacional de infantería tuvo que retirarse. Con esto se abreviaba el viaje, se disminuían los peligros, los insultos, etc.

la emoción de la reina, la dió consejos para que se salvara, salidos del corazón. La hizo ver palpablemente las faltas del partido realista. «Ah!, Señora, qué mal defendida ha sido vuestra causa; qué ignorancia del espíritu del tiempo y del genio de la Francia!... Muchas veces he estado á punto de ir á ofrecerme, de sacrificarme por vos!...»—«Pero ¿qué medios son los que me hubierais aconsejado?»—«Uno solo, Señora; que os hubierais hecho amar por el pueblo.»—«¡Ay! ¿Como conquistar ese amor? todo conspiraba para arrebatármelo.»—«¡Ah! Señora, si yo, desconocido, nacido en la obscuridad, he obtenido la popularidad, cuanto más fácil os hubiese sido á vos, si hubieseis hecho el menor esfuerzo, el conservarla, el volverla á conquistar...» (1)

La hora de cenar interrumpió la conferencia. Después de la cena hizo Petion una cosa muy arriesgada, muy humana y que desmiente singularmente la frialdad que afectaba; llamó al rey aparte y le propuso la evasión de los tres guardias de corps, disfrazándolos de guardias nacionales. El ofrecimiento era de un buen ciudadano, de un patriota excelente; ciertamente demostraba amor al pueblo el que quería evitarle un crimen; era salvar el honor de la Francia. La reina no aceptó esta oferta, ya porque no quisiera tenerle que agradecer nada á Petion, ya porque tuviera la insensata sospecha (Valory no duda en afirmarlo) de que Petion quería alejarlos para hacerles asesinar con más seguridad, lejos de la presencia del rey que les protegía.

Al día siguiente, 25 de Junio, era el último, el día terrible en que había que hacer frente á París. Barnabe se colocó en el testero del coche, entre el rey y la reina, para tranquilizarla sin duda, y también para justificar mejor el peligro; si algún exaltado hubiese hecho fuego, lo hubiera hecho apuntando hacia allí. Es verdad que se habían tomado cuantas precauciones permitía la situación. Un militar distinguido, Mr. Mathieu Dumas, encargado por Lafayette de proteger el regreso, había rodeado el coche de numerosa guardia de granaderos, cuyos morriones de pelo cubrían casi las ventanillas; en el pescante donde iban los guardias de corps se sentaron también granaderos encargados de protegerlos y lo consiguieron; otros granaderos, por último, montaron en los caballos del carruaje. El calor era excesivo, el coche se perdía entre nubes de polvo; no se podía respirar; parecía que faltaba el aire al acer-

(1) Atacado violentamente Barnabe por esta conversación, se justificó tardamente en su «Introducción á la Revolución», escrita el 92 ó 93, hallándose en grave peligro. Alega que de todos modos habría faltado tiempo; lo cual no es exacto, al menos en aquella jornada. Dice el mismo en su informe á la Asamblea, que: «como no llevaban más que guardias de caballería, fué muy rápida la marcha desde Dormans á Meaux.» De lo que se deduce que debieron llegar á Meaux muy temprano y descansar allí. Dice también: («Obras» t. I, p. 132.) «Petion me encargó muy especialmente que dijese que durante todo el camino no nos habíamos separado.» Se comprende bien. Los dos necesitaban de su mutua discreción. Es cierto que Petion vió particularmente al rey, para proponerle la evasión de los guardias de corps, y Barnabe, según todas las probabilidades, habló á solas con la reina y la dió varios consejos. El testimonio de la señora Compar, á veces poco fidedigno, lo es mucho en esta ocasión, al menos para mí, porque está conforme no sólo con la tradición, sino con lo verosímil. No ha sido contradicho más que por Barnabe, es decir por un acusado, muy interesado en negar, y que niega bajo la amenaza de la guillotina.

carse á París; la reina dijo varias veces que se ahogaba. El rey, en Bourget, pidió y bebió vino, para reponerse. La entrada era imponente por los gritos y las imprecaciones; la multitud ocupaba hasta los tejados. Creyóse con razón que habría más peligro yendo por el arrabal y por la calle de Saint-Martín, célebres desde la horrenda historia de Berthier. Dieron la vuelta á París por las afueras, atravesaron los campos Elíseos, la plaza de Luis XV y entraron por las Tullerías, por el puente Tournont. Todo el mundo tenía la cabeza cubierta; ni una palabra en toda la muchedumbre; aquel silencio profundo, en aquel mar de gente, era una cosa terrible.

El pueblo de París, ingenioso en su venganza, no dirigía más que un insulto al rey: un reproche mudo. En la plaza de Luis XV habían vendado los ojos á la estatua, para demostrar á Luis XVI con tan humillante símbolo, la ceguedad de la monarquía.

La pesada berlina alemana caminaba lenta y fúnebre con las cortinillas medio corridas; parecía aquello el entierro de la monarquía. Cuando las tropas y los guardias nacionales se reunieron en las Tullerías, alzaron en alto las armas y fraternizaron entre sí y con el pueblo. Unión general de la Francia, y una sola familia excluida.

Iba sola la triste berlina, bajo la excomunión del silencio. Se hubiera creído que estaba vacía, si no hubiera ido un niño en la ventanilla, pidiendo perdón al pueblo para sus infortunados padres.

Se evitó á la real familia el horror y el peligro de atravesar por entre aquella turba hostil en toda la extensión de las Tullerías.

El coche fué hasta las escaleras de la amplia terraza que hay delante del palacio. Allí había que apearse, allí hombres furiosos, convertidos en tigres, aguardaban, esperaban una presa: suponían que una vez que se apease el rey, quedarían sin defensa los tres correos.

El rey permaneció dentro del carruaje. Se avisó á la Asamblea y acudieron veinte diputados; pero este auxilio hubiera sido inútil si los guardias nacionales, formando en círculo, no hubiesen cruzado las bayonetas por encima de la cabeza de los tres desgraciados; á pesar de todo, aun recibieron ligeras heridas. Dos diputados que la reina consideraba como enemigos suyos personales, Aiguillon y Nailles, estaban allí para recibirla y velar por su seguridad; la ofrecieron la mano, y sin decir una palabra, la condujeron rápidamente á palacio entre maldiciones. Se creyó perdida al verse entre sus manos, creyendo que querían entregarla al pueblo ó encerrarla sola en alguna prisión.

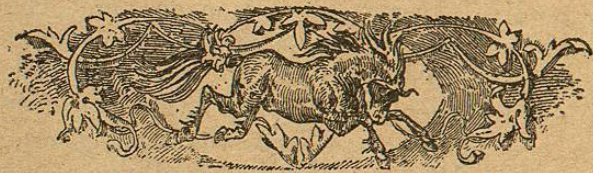
En seguida la asaltó otro temor; no veía á su hijo... Le habrían ahogado ¿ó querían separarle de ella? Al fin le encontró felizmente; le habían cogido y llevado en brazos hasta sus habitaciones.

Excepción hecha de los grupos de furiosos que querían matar á los guardias de corps, la actitud general de la multitud, aunque parecía muy indignada, era en el fondo muy tranquila. Había pocos hombres que ante una caída tan grande, ante semejante humillación, no experi-

mentasen alguna emoción, aun sin querer, y no se sintiesen profundamente preocupados por los terribles caprichos del destino. Dos hechos demostraron aquella mezcla tan natural de sentimientos contrarios. Un realista, un diputado, M. de Guilhermy, indignado al ver que se obligaba á todo el mundo á estar con la cabeza cubierta al pasar el rey, arrojó su sombrero entre la multitud, gritando: «Atreveos á traérmelo.» Nadie murmuró y fué respetado su valor ó su fidelidad. A las puertas del palacio se repitieron las mismas escenas. Cinco ó seis mujeres de servicio de la reina querían entrar en las Tullerías para recibirla; los centinelas las detenían, las verduleras los injuriaban gritándoles: «¡Esclavos de la Austriaca!»—«Oid, dijo una de aquellas mujeres, hermana de la señora Campan; estoy de servicio de la reina hace quince años; ella me dotó y me casó; la he servido cuando era feliz y poderosa. En este momento es desgraciada: creéis que debo abandonarla?...»—«Tiene razón, exclamaron las verduleras; no debe abandonar á su señora, hagamos que entre.» Rodearon al centinela, forzaron el paso y la hicieron entrar.

Tal era el pueblo, agitado por dos sentimientos contrarios, la humanidad por una parte, por otra la indignación y la desconfianza (muy fundada como se verá luego). La escena verdaderamente lúgubre del regreso del rey había impresionado vivamente todos los espíritus. Aquella noche, en el seno de las familias, las mujeres estaban afectadas y muchas no quisieron cenar. A la mañana siguiente pasearon al delfín por la terraza: un guardia nacional le tomaba en brazos para que le vieran mejor desde el malecón, y el pobre niño echaba besos al pueblo. Ninguno de los que le vieron dejó de emocionarse. La violencia verdadera ó simulada de los diarios no bastaba para combatir la sensibilidad pública.

*Las Revoluciones de París* trataban en vano de demostrar que el rey monstruo tenía tan poco corazón, estaba tan poco afectado por su situación, que desde el día siguiente al de su regreso se había puesto á jugar por la noche, como de costumbre, con su hijo. Muchos ardientes patriotas se indignaban contra ellos mismos, al ver que, leyendo la anterior noticia, se llenaban sus ojos de lágrimas.



## CAPITULO XV

Indecisión, cambio de actitud de los principales actores políticos  
(Junio 91).

Indecisión general.—Alternativas de la reina y de los realistas, de los Jacobinos, de Camilo Desmoulins.—Actitud espectante de Danton, de Robespierre, de Petion, de Brissot.—Influencias diversas que se disputan á Lafayette.—Discusión en casa de Larochehoucauld.—Opinión de Sieyes.—La señora de Lafayette.—Exaltación de las damas realistas.

Ya está el rey en las Tullerías. Comienza el apuro. La mayor parte de la gente creía saber lo que había que hacer, y sin embargo nadie lo sabía.

Parece que cuando las pasiones se hallan tan violentamente agitadas, cada cual debe saber cuál es su propósito, lo que quiere y á lo que aspira. La incertidumbre es grande. La vivacidad de las palabras oculta una gran indecisión de la voluntad. De aquí las resoluciones vagas, poco consecuentes. No debemos apresurarnos á tachar á los actores de doblez sin son discordantes sus movimientos, si vacilan, si se inclinan tan pronto á la derecha como á la izquierda; el barco está en alta mar y sus vaivenes son producidos por la tempestad.

Estas alternativas en las obras y en las palabras es tan general, que las de la misma reina parecen, por un momento, revolucionarias. En cuanto vuelve á ver á la señora Campan en las Tullerías, la habla de Barnave con calor, con emoción; le alaba, ¡le justifica ante su camarera! Acepta, sin reflexionar, en un momento de indiscreta expansión, el principio de la Revolución: «Un sentimiento de orgullo, dice, *que no puedo censurar*, le ha hecho aplaudir todo lo que allanaba el camino de los honores y de la gloria para la clase en que ha nacido. No habrá perdón para los nobles que (después de haber obtenido todos los favores, á menudo con detrimento de los plebeyos de gran mérito) se han afiliado á la Revolución... Pero si alguna vez volvemos á obtener el poder, el perdón de Barnave está de antemano grabado en nuestros corazones.»—El